

Era natural que muy pronto saliese alguna expedición con rumbo á España.

Si Colon la veia agitada, si adivinaba el rencor que ardia en su corazon, no la dejaria partir.

Aparentó una calma, una resignacion que no tenia.

Cuando llegó el momento, suplicó al almirante que la concediese su promesa de volver á España.

Colon accedió á sus ruegos.

Le dió una carta para los reyes, pidiéndoles que la hiciesen justicia y que la consideraran.

Diego abrazó á sus hermanos.

Los colonos más enfermos fueron trasladados á bordo.

Sonó el cañonazo de leva, y las embarcaciones partieron.

Iban á llegar tarde.

Las víboras que habia alimentado Colon en su pecho habia arrojado ya el veneno que debia amargar los últimos años de la existencia del ilustre marino.

La actitud de los indios obligó á Colon á pensar seriamente en los medios de contenerlos.

En vez de apaciguarse al verse sin jefe, la ira ardia en su pecho, la sed de venganza les devoraba.

Vamos á ver qué es lo que habia hecho Anacaona.

---

## Capítulo XXIII.

---

### Entereza de Caonabo.

La derrota de Manicaotex aumentó la desesperacion de la esposa de Caonabo.

Aquel nuevo golpe que habian sufrido sus guerreros les inhabilitaba por algun tiempo para esgrimir las armas contra sus enemigos, y la reina india, más enamorada que nunca de su esposo, necesitaba rescatarle.

¿Qué podia hacer para conseguirlo?

Resuelta á todo, sin decir nada á nadie, ni aun á su pobre hija, á quien confió al cuidado de una de sus más fieles servidoras, con seis indios abandonó precipitadamente su palacio de Xaragua, y á través de las espesas selvas se encaminó hasta la fortaleza de Santo Tomás.

Al verla el soldado que estaba de centinela, dió parte de su llegada á Ojeda, y este salió á su encuentro.

Anacaona habló al guerrero.

—Tú has sido,—dijo reconociéndole,—el que me has arrebatado la felicidad; pero no vengo á culparte, eres enemigo de Caonabo y le has vencido: la gloria es tuya; pero compadécete de mi dolor.

Yo no puedo vivir sin él.

La alegría se ha alejado de mi corazón, el sueño de mis ojos; mi pobre hija Higuamota llora á su padre.

Compadécete de nuestra desventura; devuélveme á mi esposo, y yo te juro en nombre de Vagoniana aprisionarle en mis brazos para que no vuelva á esgrimir su punzante lanza contra tí y tus hermanos.

La emoción ahogaba á Anacaona.

—Yo nada puedo hacer para calmar tu pena,—dijo Ojeda;—vé á ver al almirante, implora su piedad, y para que te escuche, voy á hacer que te acompañe á su palacio uno de mis soldados.

Dispuso Ojeda que Hernando de Guevara, jóven oficial que se habia distinguido por su bravura, y que estaba dotado de los más nobles sentimientos, acompañase á Anacaona y á su servidumbre hasta la Isabela, para que pudiera presentarse á Colon.

Por el camino que habian trazado los españoles llegaron en breve Guevara y la esposa de Caonabo á la morada del almirante.

El infortunio de la pobre reina se habia hecho interesante á los ojos de su guía.

Habló á Colon y el almirante recibió á Anacaona.

La desventurada reina repitió sus súplicas.

Colon la trató con la mayor benevolencia.

Consoló su quebranto, y le manifestó que sólo de una manera concedería la libertad á Caonabo.

—Yo te respondo de su vida,—le dijo;—no le faltará nada mientras esté bajo mi dominio; pero es preciso que yo esté convencido de su arrepentimiento, que yo esté seguro de que ni él, ni los demás caciques de su isla, usarán hostilidad contra mí, y entonces volverá á tu lado y enjugará tus lágrimas.

—¿Cómo puedo probarte,—exclamó Anacaona,—mi voluntad de acceder á esas condiciones?

—Dándome franca entrada en el Cibao, dejándome establecer en los puntos que yo designe de la isla fortalezas con destacamentos de soldados míos, y sometiendoos todos á la fé católica y al imperio de los reyes que aquí me han enviado.

—Déjame hablar con mi esposo, y te responderé despues.

Colon dió orden para que llevasen á Anacaona á la habitacion en donde estaba encadenado Caonabo.

La desconsolada esposa quiso arrojar en sus brazos.

Los soldados de Colon se lo impidieron.

Caonabo oyó de los labios de su amada las proposiciones que habia hecho Colon.

—No quiero mi libertad á ese precio,—exclamó.— Prefiero morir mil veces por mi patria. Y tú, tú has hecho mal en venir á arrojarte á las plantas del extranjero para pedirle perdon: los de nuestra raza sucumben antes.

Si algo me amas, si el amor de nuestra hija basta para que accedas á mis ruegos, para que cumplas mi voluntad, aléjate de aquí, corre á la montaña, llama á los caciques, busca á Biautex, el venerable butio, congégalos á todos, incítalos á la pelea, que caigan como rayos sobre los extranjeros, y si ha llegado para ellos la hora de la muerte, que arrastren en su destruccion á los que han venido á hollar nuestro virgen suelo. La muerte es preferible á la deshonra.

Anacaona juró á Caonabo cumplir su voluntad.

Separándose de él, compareció de nuevo en la presencia de Colon.

—¿Accedes á mi pacto?—le dijo el almirante.

—No; tú me has herido de muerte; quiero la guerra, y la habrá.

—Vuelve entonces á tu hogar,—contestó el almirante,—y ruega á Dios que te arrepientas pronto de esa resolucion, que envuelve tu desgracia y la de tus hermanos.

Anacaona se dispuso á partir.

Colon mandó á Guevara con cuatro soldados para que le acompañasen hasta su territorio, encargándole que explorase de paso la verdadera actitud de los indios, y contase sus fuerzas.

Uno de los soldzdos que acompañaban á Guevara

se llamaba Roldan, y prendado de la hermosura de Anacaona, en el primer alto que hicieron para llegar al Cibao, aprovechándose de que dormian Guevara y sus demás compañeros, entró en la choza donde descansaba la reina con ánimo resuelto de ultrajarla.

Anacaona se evadió de sus manos, y llamando á Guevara, se vió libre de sus persecuciones.

Guevara castigó á Roldan, mandándole arrestado al fuerte de Santo Tomás con los otros tres soldados que le acompañaban.

Anacaona agradeció en extremo al jóven español la proteccion que le habia dispensado.

—Desde este momento eres sagrado para mí y para los indios.

Y dándole el collar de guaninos que llevaba:

—Ponle á tu cuello,—añadió,—y no tengas cuidado; nadie se atreverá á disparar contra tí ninguna de sus flechas.

Guevara acompañó á Anacaona hasta Xaragua, y la afligida reina halló todavía en su alma generosidad para pagarle los favores que le habia dispensado.

Le hospedó en su palacio, y aunque ardia en su corazon un ódio inmenso hácia los extranjeros, colmó á Guevara de atenciones.

Este bizarro soldado cayó enfermo.

Durante quince dias con sus noches no se separó de la cabecera de su hamaca, Higuamota, la hermosa hija de Caonabo y de Anacaona, y le acom-

pañaban para cuidarle las demás servidoras de la reina.

Anacaona obedeció las órdenes de Caonabo.

Antes de partir á buscar á Biautex para coligarse con los demás caciques, se despidió de su hija.

Higuanamota, que en el lenguaje haitiano queria decir Flor de las Montañas, estaba en el albor de la juventud.

Era el vivo retrato de su madre.

Su belleza no tenia igual.

La pobre niña lloraba al saber que la tentativa de su madre habia sido inútil, que Caonabo no volveria, que gemia bajo el peso de las cadenas de los extranjeros.

—¡Pobre hija mia!—exclamó Anacaona.—Tus hermosos ojos, que han tomado su luz del sol, se inundan de lágrimas. Calma tu agitacion; confia en el poder del brazo de nuestros guerreros, en la santidad de la causa que defendemos. No llores más, porque tus lágrimas abrasan mi corazon.

—Salva á mi padre,—exclamó la pobre niña,—y mientras tú vas á buscar los guerreros, yo velaré por el extranjero que está en nuestro palacio. ¡Que tu piedad hácia él le inspire la piedad de los españoles hácia mi padre!

Era la media noche.

La luna derramaba un resplandor siniestro.

Parecia proyectar sobre Haiti la sombra de la muerte.

Anacaona, con las conchas sagradas en el cuello,

ligera como el coris (B), abandonó su palacio de Xaragua, en donde dejaba á su hermano Boechio, enfermo tambien como el español y poseido de una intensa calentura.

Avida de encender el sentimiento de la venganza en el corazon de todos sus vasallos, atravesó los bosques y las llanuras, subió con los cabellos flotando al viento, adornados con negras plumas, símbolo de su desesperacion; subió, repito, las montañas con rapidez pasmosa.

Treinta flechas envenenadas con guao y jugo de las yerbas mortíferas del Yuna (C) llenaban su carcax.

Los caciques de las montañas salian á su encuentro asombrados.

Guaorocaya, sobrino de Anacaona y capitán de sus guerreros, oyó de sus lábios las órdenes de Caonabo.

Inmediatamente puso en pié de guerra á todos sus soldados, y Umatex mismo, saliendo de su retiro y poniéndose al frente de los ciguayos, se dispuso á pelear.

Todos volaban al encuentro de Anacaona.

El cuadro era magnífico. Anacaona, en medio de la montaña, con su cabeza adornada de plumas negras, el carcax sobre el hombro, con el arco y la flecha envenenada en la diestra, estaba rodeada de sus caciques, y á corta distancia millares de guerreros aguardaban sus órdenes.

La desesperación se pintaba en el rostro de todos. Mayabonex, jefe de los soldados de Guarionex, abandonando la entrada de una caverna, en donde se había colocado para vigilar los movimientos del enemigo, se presentó á Anacaona.

—¿Qué pretendes hacer?—la dijo.—¿Adónde guías tus pasos? ¿Qué sentimiento llena tu alma?

—Voy á la cumbre de Xaragua, en donde nace el río Nisao.

Nadie se había atrevido á llegar á aquella altura todavía.

Anacaona se puso en marcha, y los caciques la siguieron silenciosamente.

Atravesó la cuesta Rasa, siguiendo las orillas del Pani, hasta llegar á un paraje en donde aquel inmenso río se quiebra y forma cuatro torrentes espantosos.

Al llegar allí, los caciques se detuvieron asombrados.

El formidable ruido que producían los torrentes al caer sobre el abismo bastaba á erizar sus cabellos.

Una estrecha vereda, suspendida como un puente colgado sobre el abismo, abrió paso á una caverna donde moraba el gran butio Biautex.

Anacaona avanzó por aquella vereda, y los caciques la aguardaron.

Tenia que atravesar el río.

Quitándose del cuello las conchas sagradas, las dejó á las orillas del Pani.

Los caciques quedaron custodiándolas.

Anacaona se lanzó al agua, y cruzando las cristalinas ondas, llegó á la orilla opuesta.

Atravesó la Cuesta Rasa, subió de nuevo á las montañas, y con la ligereza del águila llegó á la cumbre del Xaragua, terrible roca suspendida sobre el Lago de la Muerte.

Biautex, el venerable butio, el respetado y tenido cacique de las montañas, por medio de una calle que formaban las espesas guazumas (D) que abrían paso á su choza, salió á su encuentro.